

Pinocho y sus travesuras por las letras antioqueñas.

Sebastián Mejía

**El camino hacia la
universalidad de una
obra, la manera como
fue recibida, editada
e ilustrada en nuestro
país, así como la
participación que las
mujeres tuvieron en
este proceso. Un texto
lleno de revelaciones
necesarias.**

Personajes -hoy poco leídos- como Darío Achury Valenzuela, Jorge Zalamea, Eduardo Santa, Ignacio Rodríguez Guerrero, Mario Germán Romero y Eduardo Mendoza Varela, nunca se cansaron de ilustrar a lo largo de su vida como columnistas y conversadores, los vínculos de la cultura literaria mundial con las manifestaciones regionales y nacionales.

¿Cómo fueron apropiados dentro de nuestra incipiente tradición editorial, los discursos literarios canónicos del occidente europeo? ¿Quiénes y cuándo lo hicieron? ¿Cómo ese fenómeno contribuyó a la emergencia de un estilo y una literatura regional? Esta y muchas otras preguntas resuenan con alguna consistencia desde hace cincuenta años dentro de los círculos académicos nacionales, esperando reconstruir las tradiciones locales y urbanas de la denominada literatura universal.



Desde Carlo Lorenzini hasta hoy y traducida a múltiples idiomas, una historia que logró ser todo un fenómeno editorial.

Pinocho, su trasegar hacia la universalidad

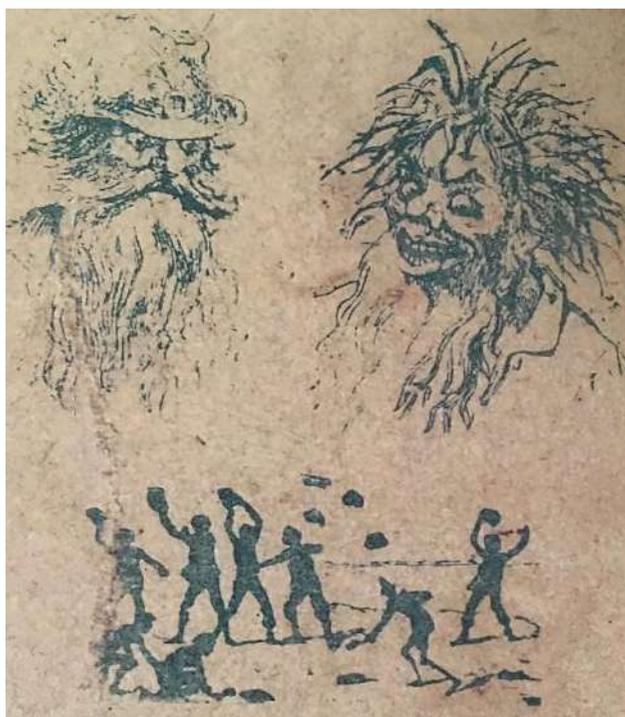
Hoy, que se cumplen ciento noventa y cinco años del nacimiento de Carlo Lorenzini, pocos recuerdan los primeros pasos de la difusión de su obra inmortal entre nosotros, por lo que recapitularemos algunas peculiaridades del trasegar nacional de la obra del italiano, con la intención de destacar la impronta antioqueña que en ella pervive.

La primera publicación de Pinocho, el famoso relato del inquieto niño-marioneta, ocurrió por entregas en el *Giornale per i bambini*, a partir del mes de julio de 1881. Dos años después, para febrero de 1883, *La storia di un burattino*, como se tituló originalmente el aclamado relato, era ya en su edición florentina de Editrice, todo un fenómeno editorial.

Ediciones en todos los idiomas no se hicieron esperar. La *Everyman's Library* de Londres hizo famosa una delicada traducción suya al inglés, realizada por la inteligentísima literata Mary Alice Murray en 1892. Por su lado, España hizo lo propio en una edición memorable, publicada por el afamado editor Saturnino Calleja en 1912 y traducida por Rafael Calleja, su hijo. Así nació una delicada versión encuadernada en tela editorial e ilustrada por Salvador Bartolozzi, que sospechamos fue la primera en conocerse en castellano por el público colombiano. Sin embargo, no fue sino hasta 1913 en que las divertidas aventuras del irreprimible títere brincón terminaron reproducidas por las imprentas bogotanas.

Las aventuras de Pinoquio, primera edición colombiana

Recuerda Ignacio Rodríguez Guerrero, el primer crítico nacional de esta historia, que la primera edición colombiana de *Las aventuras de Pinoquio*, -sí, Pinoquio, conservando la fonética italiana-, fue publicada en una Bogotá que para aquel entonces se preciaba ya de publicar bellísimas revistas infantiles a instancias de Daniel Samper Ortega. Así, apareció impresa en las furibundas prensas del diario liberal *La Tribuna*, un delicado ejemplar del clásico infantil encuadernado en rústica, ilustrado y editado por el político, poeta y literato antioqueño Antonio José -Ñito- Restrepo, célebre pole-



Personajes emblemáticos y un argumento lleno “de virtudes aleccionantes”, hicieron que este libro fuese reconocido por la intelectualidad nacional.

mista a quien paradójicamente, como al Gepetto del inicio del relato, su atropellada vida nunca le permitió disfrutar de hijo alguno.

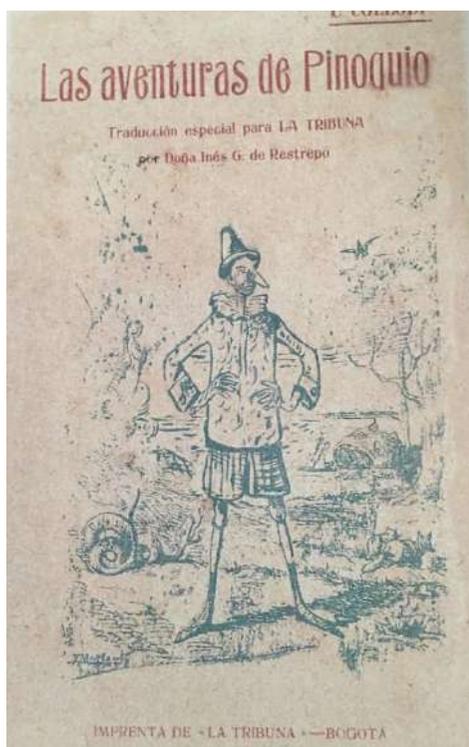
La delicada cubierta en rústica del ejemplar bogotano anunciaba estar acompañada por las ilustraciones originales de la edición italiana, realizadas por Enrico Mazzanti, y por otras cedidas a la edición, realizadas por el español G. Esperón, acompañadas de un prólogo donde el intelectual antioqueño reconocía abiertamente la narración de Collodi como el “Quijote de los niños”, mientras alaba las virtudes aleccionantes de su argumento.

Este precursor local de la literatura infantil, en mora de ser reeditado en la versión descrita, tuvo al sacer-

dote e incansable bibliófilo Mario Germán Romero como otro de sus cálidos aficionados. Sobre su edición bogotana, destacaba en 1982, las cualidades técnicas de su versión al castellano, que al contrario de repetir las afectaciones de la versión ibérica, introducía novedades propias en los diálogos y en los memorables nombres de sus personajes emblemáticos. Por ejemplo, el célebre Maestro Cereza es bautizado como Maestro Breva, Gepetto es denominado Chepito y Pepe Grillo es bautizado como “el Grillo Parlante”.

Rescatar del olvido a su traductora

Romero, además, reconoce abiertamente un detalle olvidado por Rodrí-



Rescatar del olvido a la traductora Inés Gónima es uno de los propósitos de este escrito. Ella debería estar presente en la historia y las investigaciones sobre las letras femeninas antioqueñas.

guez: la ascendencia femenina de la traductora de su versión colombiana, oculta injustamente tras la sombra varonil de su editor. La portadilla interna de la obra sufre de desmemoria por una condición material, pues nombra sólo a su editor, A. J Restrepo, mientras la delicada cubierta en rústica original, casi siempre ausente de los ejemplares que sobreviven en nuestras bibliotecas públicas, da crédito a su ilustre traductora: Inés Gónima Libreros, su noble esposa, quien para ignominia de la heteronormatividad es declarada allí con sus apellidos de casada.

Esa triste condición material que hunde en el olvido a su traductora,

así como la inédita declaratoria del sacerdote lector, enfatiza la deuda contraída por las letras regionales con el reconocimiento de la madre maicera de Pinocho.

De Inés Gónima, probablemente caucana de nacimiento pero asentada desde muy joven en Medellín, sabemos que falleció en Lausana, Suiza, en 1919, antes que su esposo, y que provenía de una distinguida cuna intelectual y literaria, pues fue sobrina del dramaturgo y cronista finisecular Eladio Gónima Chorem, es decir que las letras corrían por su cuna, tanto que alguna vez se le oyó reconocer a Baldomero Sanín Cano que ella era “de talento subyugador, ingeniosa en dichos y bondadosa en sus acciones” (Romero, 1982, p. 214). La ilustre traductora hoy no está presente en ninguna investigación sobre letras femeninas antioqueñas.

Los demás detalles de la vida personal e intelectual de doña Inés quedan a la merced de quienes se inquietan por la descentralización de género en nuestra historia literaria, para que hagan evidente la genealogía de feminidades que, desde Murray, hasta María Teresa Dini, otra de las traductoras de esta difundida obra infantil, viven silenciadas por las convencionalidades de nuestra literatura.

A doña Inés deberían agradecer los lectores nacionales por vestir de mujer nuestra versión local de las historias del maderito travieso.



Inés Gónima Libreros. Fotografía de Melitón Rodríguez. Medellín. Ca. 1910. Biblioteca Pública Piloto.

Referencias:

Rodríguez Guerrero, I. (1977). *Libros Colombianos Raros y Curiosos*. Bogotá: Banco Popular.

Nahun, D. (2013). *Introducción a la Teoría y Crítica de la Literatura Infantil*. Montevideo: S.E

Benítez, E. (2003). La insólita suerte de Pinocho en España. *CLIJ: Cuadernos de literatura infantil y juvenil* 165, pp. 34-40.

Romero, M. G. (1982). El centenario de Pinocho. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, 19 (02), pp. 210-214.

Sebastián Mejía Ramírez. Docente e investigador de la Universidad EAFIT y la Universidad de Antioquia. Musicólogo con experiencia en gestión documental. Autor de publicaciones académicas y no académicas en '*Escritos desde la Sala*' de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, en Tesoros de la Biblioteca Nacional de Colombia y en la Revista de la Facultad de Artes de la U. de A.